

la frente doblegándose hacia la tierra, hasta el lecho. Su mujer, Alora, dormía tan pesadamente que no podía advertir lo que sucedía en torno a su cuerpo. Sombras rojizas de odio y de muerte cruzaron la mente de Roth, pero las descubiertas carnes de su compañera las disiparon con su tono auroral luciendo entre las pieles, como el sol de aquella hora sobre la tierra del monte.

Mirándolas, se sintió invadido por una terrible vergüenza, mucho mayor que si se viese desnudo a sí mismo, vergüenza que no había sentido nunca al contemplar con cariño aquella vida que le pertenecía. Y era tan grande y tan intensa la sensación que le brotaba de lo profundo del cuerpo, como un asco que tuviese por origen su propia existencia, que tomándolo con cuidado unas pieles la cubrió con ellas.

No sé si será o no maldición divina, pero desde entonces, muchos hombres han sentido vergüenza del desnudo ajeno.

JORGE CAMPOS

SEGUNDO ADÁN



IDEARIO EXTREMEÑO

«Aunque Dios me dé todo lo que tiene, si me niega la caridad, a sí mismo se me niega».

FRAY JUAN DE LOS ANGELES.

«¿Cuál hombre tan bien sirvió que de ingratitud no cuente?»

LUIS MIRANDA.

«¿A quién se le ha ocurrido decir que por no hacer sacrificios enormes conviene morir? Esto sería lo sublime de lo absurdo».

DONOSO CORTÉS.

MELIBEA

(Fantasía amorosa)

Por RAMIRO GUTIÉRREZ SUITINO

I

César es alto, rubio, de fisonomía vulgar. Pero su frente alta y despejada, que parece llevar el surco misterioso del pesar y la inteligente luminosidad de sus ojos glaucos, engastados en morados semicírculos, le hacen interesante.

Se halla leyendo placiblemente en la biblioteca del viejo caserón un libro de amores: «La Celestina», de Rojas.

La biblioteca es un vasto recinto que huele a moho, a pasado, con vigas de añosa pintura y una faja de escudos nobiliarios que corre en lo alto de sus cuatro paredes luciendo tinte de gules y sinople.

Afuera, la lluvia recia lo asaetea todo con rumor sordo, inacabable.

De cuando en cuando, el livor de un relámpago ilumina la noche con luz espectral y el tableteo apocalíptico, titánico, de las descargas eléctricas anonada la queja somnifera del agua.

A César le produce la tormenta una hiperestesia exquisita, deliciosa. Y busca la soledad, el mundo del ensueño para fruir idealmente, hondamente, por virtud de este raro hechizo de este diabólico beneficio...

Ve, pues, talmente, vivir a los personajes de la obra.

A Melibea, hermosa y sensual; a Calixto, místico y enamorado; pero sobre todo a Celestina, que como vaho de las letras surge del libro y habla con su penetrante prestigio y con su sabiduría profundamente humana.

«Y sabe, si no sabes, que dos conclusiones son verdaderas: la primera que es forzoso al hombre amar a la mujer y la mujer al hombre».

Y luego: «Pues tu dicha buena quiera, aquí está quien te la dará».

A Calixto, Melibea; a Sempronio, Elicia; a Parmeno, Areusa...

En la estancia inmensa algunos solitarios códices amarillos, sobre los anaqueles, parecen pequeños asistentes, silenciosos y expectantes, y las frases toman vibraciones de vida a cada trueno, infiltrando su maléfico poder en la carne y en el alma.

El libro lo encontró, inesperadamente, tras la ringlera de tomos de una enciclopedia francesa.

¿Quién lo puso allí?

¿Por qué lo halló en aquella noche de conjuros?

Si fuera embrujo, hechicería... La imaginación de César llora por maravillas. ¿Por qué no serían posibles las bellas consejas de agüeros, de princesas, de ermitaños, de aparecidos...?

Al volver la página, algo que sirvió sin duda de registro cae suavemente a sus pies. Se baja y lo recoge. Es el retrato de una linda joven morena, de cejas finas y alzadas, nariz mediana, boca pequeña de labios grosezuelos.

La ilusión apunta: ¿No puede ser Melibea esta joven rozagante y bella?

Y los regatuelos azules de todo su cuerpo le cantan: ¡Es ella, sin duda, la propia Melibea!

César se ha puesto pálido, no de miedo ni temor, sino de emoción, de

regusto y en la barquilla frágil del pensamiento flota en amorosa cavilación: «Melibea no es un fantasma creado por Fernando, el judío. Vive, es mujer de carne, hembra mortal, tan armónica y jarifa como una walquiria escandinava».

Con fruición se repantiga en el sillón frailuno y un buen rato saborea con todos sus sentidos la imagen sugestiva y airosa. Luego ve dos líneas en el libro que cual semilla de carapucho le enloquecen de embriaguez: De Clara a Melibea, víctima del Dios Amor nuestro tirano.

Un trueno poderoso rueda con hórridas trepidaciones por los ámbitos en persecución de la culebra cárdena y zigzagueante.

César rila, tiembla vuelto de su arrobo. Asustado ahora mira en derredor y en un cristal del ventanal divisa la máscara cérea de la vieja Celestina que le guiña maliciosamente y que desaparece fundiendo larga carcajada infernal en los estampidos del rayo.

«¡Clara—musita sonámbulo—. Es Clara, la sobrina del señor, tan querida y mentada por Mencia, la vieja ama de llaves!»

Temblando, exhausto de conciencia, se dirige a su dormitorio y se acuesta.

Como gusanos de luz se retuercen persistentes en la negrura del cuarto unas palabras: «Pues tu buena dicha quiera, aquí está quien te la dará».

II

—Oye, César, ¿a dónde fué mi tío?

—Al Casino, señorita.

César tiene ante sus ojos el original de aquel retrato que halló entre las hojas de un libro. El libro y el retrato los guarda cual preciadas veneras. Esta vez, como hacía en muy contadas ocasiones, Clara quiso acompañar al tío. Tras la conocencia (y desde que cada uno aspira el hálito primaveral del otro diluío en toda parte, en todo sitio) por el aire estancado y gris del viejo palacio rózase hilo sutil de muy sutil cavilar que lo enreda todo y prende leves aleteos como seda de araña.

Clara es alta, lozana, verdes los ojos, rojos los labios, leche y rosas la piel, con cuello en que se pelean y se casan la esbeltez y la fuerza, el pecho firme y separado; sonriente, de tranquila expresión.

Sentada en el solejar, junto a uno de los balcones, Clara se entretiene haciendo labor primorosa con sus dedos afilados y también con chinitas doradas, que hacen de su cabecita precioso cascabel.

Hay un pequeño paréntesis en que se miran mutuamente. César dice:

—¿Ya hace tiempo que no venía con su tío?

—Tres años. Por entonces aún llevaba la administración el señor Répide, su antecesor.

—Yo no llegué a conocerlo.

—Un viejecito gruñón; buenísimo, pero cargado de alifafes. Usted, por el contrario, es muy joven.

—¡Veintiocho años, señorita!

César sonríe halagado, ungido por la voz fresca y sedosa.

—Tres más que yo. Una verdadera rareza. Me refiero a que yo, acostumbra desde niña al bueno de Répide, creía formalmente que por necesidad todos los administradores habían de ser como él.

—Pues ya ve que no es así.

—Ya, ya; pero el colmo es que, en manifiesta discordancia con lo que pudiera esperarse de un matemático y leguleyo tan acabado como usted (mi tío le ensalza mucho en esto), me parece algo soñador, un poco poeta...

César sonríe halagado, ungido por la voz fresca y sedosa.

—¡Tendrá una novia rubia, con los ojos color de cielo, a la que dedicará versos llenos de ternura, de fogosidad y también de reproches!

—Pues nada, no tengo esa novia, ni hago versos y me inclino categóricamente a las morenas.

—¿No lo dirá porque yo lo soy?

—¡Dígame! ¡Con sincera emoción!

—Galantería obliga. De todas formas muy agradecida. Pero... ¿leer sí que leerá usted mucho?

—Devoro cuantos papeles y libros caen en mis manos.

—A mí me gusta más vivir, representar; sin embargo hay cosas muy bellas escritas.

—Indudablemente. Y hasta hay libros que hacen vida, como la vida novelas.

—Qué interesante. Lo dice muy convencido.

—Ya lo creo. Muy cerca de nosotros es posible comprobarlo. Doña Mencia, su vieja ama de llaves, nace de novela entre estos muros.

Clara ríe degranando gorjeos argentinos, y al cabo pregunta con mohín de divertimento en la frambuesa jugosa que es su boca.

—¿Qué le ha hecho pensar cosa tan peregrina de mi excelente doña Mencia, que es un alma de esparto?

—Varias circunstancias. En primer lugar... la ha traído a usted hogaño.

—¡A mí! Quizás... sí... quizás. Puede que tenga razón ¿y qué más?

—Las noches de tormenta pasea por el jardín y pega su cara a los cristales, como una empuja, para horrorizar a los pacíficos lectores.

—¡Jesús mío! ¡Qué atrocidad! Yo que usted no leería tanto, César.

—Pero sobre todo, Clara, no ha reparado en la pequeña cicatriz que nuestra vieja luce en su cara de pasa.

—¡Ay, sí! ¿Y qué?

—No le recuerda otra vieja, toda astucia y sagacidad?

—No. De momento...

—¿No le recuerda aquella otra vieja de la cuchillada, que solía vivir en las tenerías, a la cuesta del río...?

—Celestina, no es eso, César, Celestina.

—Sí, Clara, Celestina.

Clara ha quedado suspensa, recogida en sí misma con los ojos fijos en los caprichosos penachos de nubes doradas y purpúreas que se alargan en la hora crepuscular. Hasta el solejar llega el caliente y temoso arrullo de unos pichones, voces indefinidas, el murmullo del agua de la fuente del jardín, deshilachada por el tazón de mármol... y un como céfiro divino y perfumado, caricioso, enervador que invita a la savia oculta a florecer.

César observa a Clara con emoción creciente, con devoto arrobamiento, con unción instilante.

De pronto, Clara se levanta.

—Aguarde César, he de hacer algo.

—No vaya. El libro no está donde lo dejé.

—¿Lo encontró usted?

—Vive, que no es igual, Melibea hermosa.

—¿Y usted el loco de Calixto?

—Por mi ventura. ¿No se lo ha hecho comprender así doña Mencía, mentándome tanto en sus cartas primero y luego aquí de palabra...?

—¿Y usted me... vamos me...?

—Sí, sí, la quiero intensamente desde que ví su retrato en circunstancias extraordinarias, Clara soñada.

—¡No, no! Usted me ha creído capaz de hacer de Melibea, de olvidar la casa y honra de mis mayores por un loco, luengo como cigüeña, figura de paramento mal pintada. ¿Me ha creído masa de reciprocidad con usted, administradorcillo de tres al cuarto, en un olvido inconcebible de quien soy y con un cinismo espantoso me lo propone a la primera ocasión?... ¡Salga, salga de aquí enseguida porque enloqueceré de indignación y vergüenza!

César está muy pálido. Aquella furibunda y nugatoria cólera le atenaza el corazón. Intenta hablar, pero Clara, con los ojos encendidos y el rostro teñido de erusbecencia, grita casi:

—¡Salga, he dicho. Con la vida si fuera yo hombre me pagaría este ultraje ominoso, abominable! ¡¡Salga!!

Obscurente, con atrición profunda, viéndose sumergido en el infierno de un amor que su ingenuidad le pinta imposible, César se aleja hundida la cabeza en el pecho.

La vida, la vida. El le diría: ¡Tómala a cambio de un beso!

III

A César lo hallaron muerto, a la mañana, en el jardín, sobre el mosaico de guijas blancas, negras y coloradas, cabe un banco de mármol amarillento, cerca de unas alheñas y arrayanes sabiamente recortados.

Una expresión de dicha extrahumana quedó la muerte esculpida en el rostro varonil.

No hay crimen, ni misterio. César fué muerto de amor.

Ahora bien, allá en sus habitaciones, Clara pasea silenciosa, fantasmal, con gesto de obtusa incomprensión en su hermosísima cara.

Y otra vez, como hará ciento, vuelve a la mesita de cedro y dirigiéndose sus ojos extraviados a un libro y a una copa de cristal, de tenuidad casi incorpórea, pregunta:

—¿Fuí yo, Señor, fuí yo?

Y bebe otro sorbo de la poquita de agua que trémula queda en el etéreo vaso que exornara de imprevistas alimañas la tenacilla de Beroviero.

Bebe, pero el agua perdió la virtud letal porque ya hizo novela.

La linfa pura, límpida, no mata más que haciendo novela, como ocurrió en el jardín la noche anterior, noche blanca y augusta en que se sintió estrujada bárbaramente por las dos palancas de la vida: el placer y el dolor.

Luis Chamizo, poeta

RECUERDOS

Ha muerto Luis Chamizo, recientemente, en Madrid. Su muerte ha caído casi en el silencio, para la voráGINE literaria, que bulle sin vivir, entre los muros de la ilustre villa. Han pasado sus restos, camino hacia la Eternidad, envueltos en una magnífica amplitud de silencio. Sin querer, sin pretenderlo siquiera, se le ha rendido el máximo homenaje. A los poetas de su fibra, de su hondura, de su humanidad, el mejor tributo es el Silencio.

Su alma, que tanto amó la Naturaleza y su paleta y estro líricos, que tan bien supieron captarla, con qué íntimo regocijo, cruzaría las calles de Madrid, por donde su féretro modesto ponía íntima nota de respeto—solamente respeto en esta ocasión por desconocido—, como si cruzase por la amplia y dilatada campiña extremeña, adusta en su feracidad de montes y de encinas, quebrada su grandeza y soledad solamente, por el rumor de una fuente escondida entre adelfas y espinosos jarales, de tierna blancura y de meloso aroma, desprendido del corazón de sus flores. ¡Cómo se regocijaría su alma, porque a su lado faltó la pompa y la hojarasca oficial—relumbrón y vanidades efímeras—, pero los pocos, que le acompañaban, eran el oro purísimo de la verdad, a la que humedecían las lágrimas sinceras del sentimiento y de la amistad! No lo lamentamos, porque su entierro y las circunstancias, que han concurrido en él, tienen un alto y simbólico valor.

Conocí a Luis Chamizo, en el extremeño y simpático pueblo de Los Santos, a raíz de su primera publicación, «El Miajón de los Castúos». Me dediqué un ejemplar del libro; aunque el libro esté en mi biblioteca, su dedicación cariñosa, va dentro de mí. Siempre va conmigo. Sabiéndome, un extremeño de corazón, lo hizo constar, en las breves líneas.

Al ferviente paladín de Extremadura, altamente enamorado de ella, le escocían el desvío y el aislamiento de que estuvo siempre rodeada, cuando no de una hostilidad incomprendible en el barajar, situar y encajar de las valoraciones en todos los aspectos, de los demás cuerpos regionales para con nosotros. Consciente y dolido en su fibra más íntima, escribió en una página del libro: «A mi querido amigo—Antonio López Martínez—por su amor a esta Extremadura, tan rica como desgraciada, con un abrazo efusivo—Luis Chamizo».

Varias veces después nos reunió el azar en el paso del tiempo. En Sevilla, en la época más feliz del poeta, coincidimos. Iba a casarse entonces, con la dama que es hoy ya su viuda, y yo compartía con él las tardes haciendo compras para la elegida, en bazares, joyerías, casas de antigüedades, de la bella ciudad. Después paseábamos los dos en coche—ese coche milord típicamente sevillano, algunas veces acompañados de Pepe Navarro Torres, primo de los toreros sevillanos «Bombitas»—pasando, bajo las frondas del romántico jardín de las Delicias, siguiendo hasta la Palmera, bellísima avenida, en linde con el campo bético. Por las noches después de cenar juntos íbamos al Kursaal, hoy ya desaparecido, a tomar el café y solazarnos con un prolongado programa de variedades. Desde entonces poseo un original suyo inédito. Una de las atracciones de aquel Café Concierto, era una muchacha que entonces empezaba, y que apuntaba cierta y esperanzadora promesa,